

***Las lecciones de un gran año (9 de enero de 1905 – 9 de enero de 1917)***

**León Trotsky  
20 de enero de 1917**

(Versión al castellano desde “Les Leçons d’une grande journée [error tipográfico, en índice: “année”] (9 janvier 1905 – 9 janvier 1917)”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 280-282. Publicado el 20 de enero de 1917 en *Novy Mir*)

Los aniversarios revolucionarios no son tanto días de conmemoración como días de enseñanzas. Particularmente para nosotros, rusos. Nuestra historia es pobre. Lo que llamamos nuestra existencia particular y original sólo está compuesta en gran parte por pobreza, bastedad, incapacidad y atraso. Únicamente la revolución de 1905 nos condujo a la gran ruta del desarrollo político. El 9 de enero, el trabajador petersburgués golpeó con fuerza en las puertas del Palacio de Invierno. Pero se puede decir que era el pueblo ruso quien llamaba en las puertas de la historia. El portero coronado no salió. Pero nueve meses más tarde, el 17 de octubre de 1905, tuvo que entreabrir las pesadas puertas del poder y, a pesar de todos los esfuerzos de la reacción, en aquellas puertas quedó una pequeña abertura para siempre. La revolución no triunfó. Como hace ahora doce años, en el poder se encuentran casi los mismos personajes. Pero la revolución hizo irreconocible a Rusia. El imperio del inmovilismo, de la esclavitud, de la ortodoxia, del vodka y de la sumisión, se convirtió en el imperio de la fermentación, de la crítica y la lucha. Allí donde no había más que una masa (el pueblo gris y sin forma, la “Santa Rusia”) se alzaron nuevas clases conscientes, nacieron nuevos partidos con programas y métodos de combate. La nueva historia rusa nació el 9 de enero. Desde esta fecha sangrienta no es posible ninguna vuelta atrás, y el asiatismo maldito de los siglos pasados ya no volverá.

El camino de la nueva historia rusa no lo han abierto ni la burguesía liberal, ni la democracia pequeñoburguesa, ni la intelligentsia radical y la multitud campesina, sino el proletariado. Sobre él, haciendo de él los fundamentos, nosotros, socialdemócratas, edificamos nuestras conclusiones y elaboramos nuestra táctica. El 9 de enero, a la cabeza de los trabajadores marchaba el pope Gapón, figura fantástica en la que se mezclaba el aventurero, el histérico y el provocador. Su sotana era el cordón umbilical que ligaba a los trabajadores a la antigua Rusia, la “Santa Rusia”. Pero nueve meses más tarde, durante la huelga de octubre, la más gran huelga que haya conocido la historia, a la cabeza de los trabajadores petersburgueses se encontraba una organización elegida, independiente: el Comité de Delegados Obreros. En ella figuraban muchos antiguos partidarios de Gapón pero, durante algunos meses de revolución, habían crecido igual que la clase a la que representaban. Gapón, vuelto secretamente a Rusia, intentó reconstruir su organización y hacer de ella un arma al servicio de Witte. Los partidarios de Gapón, los “fieles”, participaron en nuestras reuniones pero en ellas no hicieron otra cosa más que cantar los funerales en memoria de las víctimas del 9 de enero.

Durante el primer período de la ofensiva revolucionaria, el proletariado obtuvo la simpatía e incluso el apoyo de los liberales. Los partidarios de Miliukov confiaban en que los trabajadores restregarían los costados del zarismo y lo volverían más dócil para

un acuerdo con la oposición burguesa. Pero la burocracia zarista, habituada desde hacía siglos a dominar al pueblo, no se apresuró a repartir el poder con el pueblo liberado. En octubre de 1905, la burguesía se convenció de que el único medio de acceder al poder era romperle la espina dorsal al zarismo. Pero esta tarea salvadora sólo la podía realizar la revolución.

El problema radicaba en esto: la revolución empujó a primer plano a la clase obrera y la confirmó con una hostilidad irreductible no solamente frente al zarismo sino, también, frente al capitalismo. En el curso de los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1905, observamos que cada avance revolucionario del proletariado rechaza a los liberales al campo zarista. Toda esperanza de colaboración entre los trabajadores y la burguesía no era más que utopía. Para quien haya visto todo esto y no lo haya entendido, para quien todavía sueña con el levantamiento “general y nacional” contra el zarismo, la revolución y la lucha de clases constituyen un libro cerrado con siete llaves.

A fines de 1905 la cuestión se planteó brutalmente. La monarquía se convenció de que la burguesía jamás acudiría en ayuda de los proletarios en el momento decisivo y se decidió a marchar contra los revolucionarios con todas sus fuerzas. Llegaron los siniestros días de diciembre. El Comité de Delegados Obreros fue arrestado por el regimiento Ismailovsky. La respuesta revolucionaria fue grandiosa. En Petrogrado estalló la huelga, el pueblo se levantó en Moscú, en todos los centros industriales se produjeron movimientos revolucionarios y en el Cáucaso y Letonia rebeliones. El movimiento revolucionario fue aplastado. No faltaron “socialistas”, o así llamados, para llegar a la conclusión que la revolución era imposible sin el concurso de los liberales. Si debía ser así, ello significaría que la revolución es imposible en Rusia.

Nuestra gran burguesía industrial (sólo ella es muy fuerte) está separada del proletariado por el odio de clases y necesita a la monarquía para protegerse. Los Guchov, Krestovnikov y Riabuchinsky sólo pueden ver en el proletariado a su enemigo mortal. La mediana y pequeña burguesía industrial sólo tienen un ínfimo significado en la vida económica del país y están enredadas en sus dependencias frente al capital. Los partidarios de Miliukov sólo juegan un papel político como comisarios de la gran burguesía. Por ello el líder cadete ha llamado “harapo rojo” a la bandera de la revolución; recientemente ha declarado que si se necesitaba la revolución necesaria para vencer a los alemanes, no quería la victoria.

El campesinado ocupa un lugar enorme en la vida rusa: en 1905 iba a caer a su nivel más bajo. Ciertamente que los campesinos expulsaban a sus señores, incendiaron las haciendas, se apoderaron de las tierras de los nobles; pero los campesinos resultaron malditos por su negligencia, incultura e incomprensión. Se levantaban contra sus opresores locales pero quedaron aterrorizados ante los opresores de toda la nación. Peor aún, los campesinos movilizados no comprendieron que el proletariado derramaba su sangre no sólo por sí mismo sino también por ellos y, en tanto que instrumento ciego al servicio del poder, los campesinos aplastaron la insurrección en diciembre de 1905.

Quien se acuerda de la tentativa de 1905 entiende hasta qué punto son quiméricas y lamentables las esperanzas de los socialpatriotas de hacer colaborar a los proletarios y a los burgueses liberales. En doce años, el capitalismo ha hecho enormes progresos. Los medianos y pequeños burgueses han caído bajo una dependencia mayor de los bancos y trust. El proletariado, con efectivos acrecidos, está separado de las clases burguesas por un foso más hondo todavía que el de 1905. Si una revolución “nacional general” no se produjo hace doce años aún tiene menos posibilidades de estallar ahora. Es cierto que se ha elevado el nivel cultural y político de los campesinos. Pero, hoy menos aún que en 1905, en el campesinado no se pueden depositar esperanzas

sobre su papel revolucionario. *El proletariado no puede encontrar apoyo real más que entre los proletarios y semiproletarios del campo.*

Bajo estas condiciones ¿existen posibilidades para el triunfo?, nos pregunta un escéptico. Es una pregunta particular; en las columnas de *Novy Mir* nos esforzamos en mostrar que esas posibilidades existen y que son sólidas. Pero antes de abordar esta cuestión nos es necesario barrer todas las ilusiones en cuanto a una posibilidad de acuerdo entre el trabajo y el capital en la lucha contra el zarismo. La tentativa de 1905 nos enseña que tal colaboración es una vana utopía. Examinar a fondo esa tentativa, sacar enseñanzas de ella, es el deber de todo trabajador consciente y deseoso de evitar errores fatales. En este orden de ideas hemos dicho más arriba que los aniversarios revolucionarios no son días de conmemoración sino de enseñanzas.

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)